



Al mar

ODA... Ó LO QUE SALGA

Pues, señor, es preciso, indispensable,
escribir algo serio, algo notable.
Esos versos festivos y ligeros,
sin importancia, insustanciales, hueros,
son baldón de la dulce poesía.
¡Habrà que *comprimirse*, caballeros!
¡Nada de ligerezas! ¡Tontería!
Aquí se necesita — está probado —
en vez de ser ligero, ser pesado.

Lo he decidido ya. Nada me inquieta.
 Mi inspiración á chorros se desata...
 ¡Hoy me siento poeta!
 No sé si acaso meteré la pata ;
 posible es que la meta ;
 pero, en fin, por probarlo que no quede.
 Ya veremos después lo que sucede.
 Aquí para brillar y darse tono
 es preciso entonarse, y yo me entono.
 « ¡Oh mar ! ¡Soberbio mar ! Sobre la espuma
 de tus rugientes olas, que el embate
 sufren inmóviles de la densa bruma... »
 Ya se me fué la pluma
 y acabo de decir un disparate.
 Esto no vale nada.
 Volvamos á empezar. Es lo prudente.
 ¡Ven en mi ayuda, inspiración sagrada!...
 Ya la siento venir... Ya arde mi frente...
 Lo que es ahora sí que ya no dudo.
 « ¡Oh mar ! ¡Soberbio mar ! ¡Oh mar hirviente!
 ¡Oh proceloso mar ! ¡Yo te saludo ! »
 Así, perfectamente.
 Me ha salido muy bien, ¡pues ya lo creo!
 Ya sé que al mar le tiene sin cuidado
 que le salute ó no, pero deseo
 que vea el mar que estoy bien educado.
 No quita lo cortés á lo inspirado.

« ¡Yo te saludo, oh mar ! ¡Y no te temo !... »
 « No te te... » No está bien en poesía
 cometer tan atroz cacofonía.
 Conocer los defectos ya es bastante.
 Borraremos el verso, y adelante.
 « No con temor, con amoroso anhelo,
 veo ¡oh mar ! que se elevan orgullosas
 hasta tocar en el azul del cielo
 tus ingentes montañas espumosas... »
 El adjetivo *ingentes*,
 por no estar al alcance de las gentes,
 es aquí de un efecto extraordinario.
 Las palabras vulgares y corrientes
 no son en estas odas convenientes.
 ¡Para algo ha de servir el diccionario!
 « Humilla tu altivez ¡oh mar ! que inmolas
 con loco orgullo tu pasión vencida... »
 Estos dos versos, aunque algunos crean
 que son dos ripios... puede que lo sean.
 « Humilla tu altivez ¡oh mar ! que inmolas
 con loco orgullo tu pasión vencida ;
 que al morir en la playa son tus olas
 imagen verdadera de la vida ».
 Me gusta este cuarteto. Es muy bonito.
 ¿Qué hay dos ripios decís ? ¡Pues no los quito !
 Bien disculpa dos ripios—¡poca cosa!—
 el decir una idea tan hermosa.

Yo, la verdad, con nadie apostaría
 á que la idea es mía ;
 mas sea de quien sea,
 la originalidad en poesía
 está en el modo de expresar la idea.
 Sobre estas dudas, pues, hagamos punto
 y vayamos al fondo del asunto.
*«Guardas ¡oh mar! en tu profundo seno,
 como guarda el avaro su tesoro,
 revueltos en el cieno,
 perlas, corales y lingotes de oro...»*
 ¡Qué atrocidad! No sé lo que me digo.
 ¡Oro en lingotes en el mar profundo!
 Puede ser que lo encuentren junto á Vigo,
 del cargamento aquél del Nuevo Mundo ;
 ¡en otra parte, no!... ¡La dulce lira
 me ha obligado á decir una mentira!
 (Mentira disculpable en un poeta,
 pues mienten todos más que la *Gaceta*).
«Guardas ¡oh mar! en tu profundo seno...»
 ¡Cualquiera sabe lo que habrá en su fondo!
 Pero yo he de insistir en mi manía...
«Guardas ¡oh mar! en tu profundo...» ¡Bueno!
 Que guarde lo que quiera. No respondo
 de no decir alguna tontería.
*«De tu insondable abismo en lo más hondo,
 de tus frías entrañas en el centro,*

guardas, ¡oh mar!...» Quisiera decir algo,
 y, nada, no lo encuentro.
 Me he metido en el fondo y ya no salgo.
 Media hora hace ya que me chapuzo.
 Ya no soy un poeta, ¡soy un buzo!
 ¡Vaya el mar al demonio! Estoy cansado.
 No sirvo para el caso, ya lo veo.
 Con tanto *«¡oh mar! ¡oh mar!»* como he soltado
 estoy completamente mareado.
 Cuelgo la lira, y voyme de paseo
 á ver si se me quita este mareo...





EN LA INAUGURACIÓN

DE LA

Estatua de Jovellanos

CARTA ABIERTA

Al Excmo. Sr. D. Acisclo Fernández Vallín

EN GLIÓN

Respetable amigo mío :
Perdone si no le envió
los versos que prometí,
pues ni Polimnia ni Clío
hacen hoy caso de mí.

Seis horas hará que estoy
con un soneto incompleto
que quiero mandarle hoy,
y no me sale el soneto
por más vueltas que le doy.

Invoco á mi Musa, y ¡quía!
Á mis voces no contesta.
Yo no sé por qué será,
mas lo cierto es que me da
la callada por respuesta.

Y así, sin inspiración,
y embotado mi magín,
no es la mejor ocasión
para hacer, señor Vallín,
ninguna composición.

Pobre poeta festivo,
me falta ese acento altivo
con que el genio se engalana,
y lo que escribo, lo escribo
así, á la pata la llana.

Cante quien deba cantar
del gran Jovino la historia.
Á mí me toca callar,
pues no debo profanar
con mi pluma su memoria.

Son, aunque usted no lo crea,
todos mis intentos vanos.
No se me ocurre una idea
que, por ser mía, no sea
indigna de Jovellanos.

De aquél que á su pueblo honró
y á quién hoy su pueblo da



lo que ha tiempo mereció,
¿qué pudiera decir yo
que no se haya dicho ya?

¿Que era estadista eminente,
y orador grandilocuente
y filósofo profundo?

¡Pues si eso es cosa corriente
que lo sabe todo el mundo!

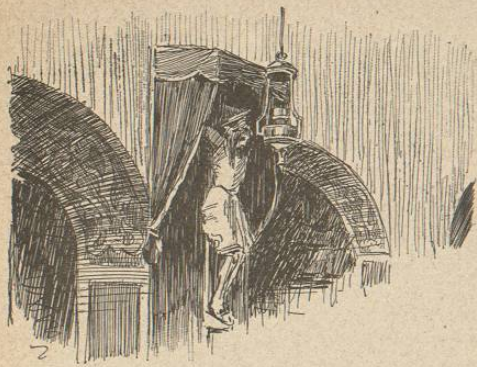
¡Líbreme Dios de pecar!
Su nombre he de respetar,
y estando en mi sano juicio,
no he de llamarle *Patricio*
cuando él se llamó Gaspar.

Réstame aquí, en conclusión,
con gozo que el alma llena,
mandarle de corazón :
para usted mi enhorabuena,
mi aplauso para Gijón.

Con lo dicho basta ya ;
y pues su amistad me emplaza,
otra vez le servirá
quien es y siempre será
su admirador,

VITAL AZA.





El Cristo del Castañar

El párroco don Julián,
nuevo en su feligresía,
de este modo le decía
á Vicente el sacristán :

—Oye una cosa, hijo mío.
Yendo hoy, reza que te reza,
por el castañar que empieza
del lado de allá del río,
me detuve á contemplar
una ermita muy bonita.
¿Cómo la llamáis?

—La ermita
del *Cristo del Castañar*.

¡Buena imagen!

—No la he visto.

La ermita estaba cerrada.

—Si está casi abandonada.

Aquí no hay fe en ese Cristo.

—¿Qué no hay fe? ¡Jamás creí!...

—Yo no sé lo que será,
pero la gente no va
casi nunca por allí.

La razón únicamente
que dan jóvenes y viejos,
es que la ermita está lejos
y que por allí no hay fuente.

Á estos devotos de hogar
les gustaría rezar,
y tumbarse á merendar
á la sombra de un castaño.

—¡Pues es chusca la razón
para que á mí me convenza!
Eso es no tener vergüenza
y no tener devoción.

Y yo por eso no paso.
Quiero á la gente cristiana.
En la misa de mañana
les diré lo que hace al caso.

Estaba llena de gente
la iglesia, y el señor cura
soltó con mucha dulzura
la filípica siguiente:

—Hijos míos, faltaría
al deber que me lo ordena,
si no dijese con pena
lo que siente el alma mía.

Yo no dudaré jamás
de vuestra fe, ni lo espero.
Sois devotos, pero quiero
que lo seáis mucho más.

Donde una imagen sagrada
sobre un altar se levante,
allí debéis al instante
acudir con fe probada.

Y yo no he de perdonar
una falta que he notado:
¡Que tenéis abandonado
al *Cristo del Castañar*!

Él, con bondad infinita,
sufre tamaños desvíos...
Es necesario, hijos míos,
que visitéis esa ermita.

—
No les pudo convencer
ni excitar su devoción,

y oyeron aquel sermón
como quien oye llover.

Después de mucho pensar
dijo un tabernero listo:
—«Voy á proteger al Cristo,
al *Cristo del Castañar*».

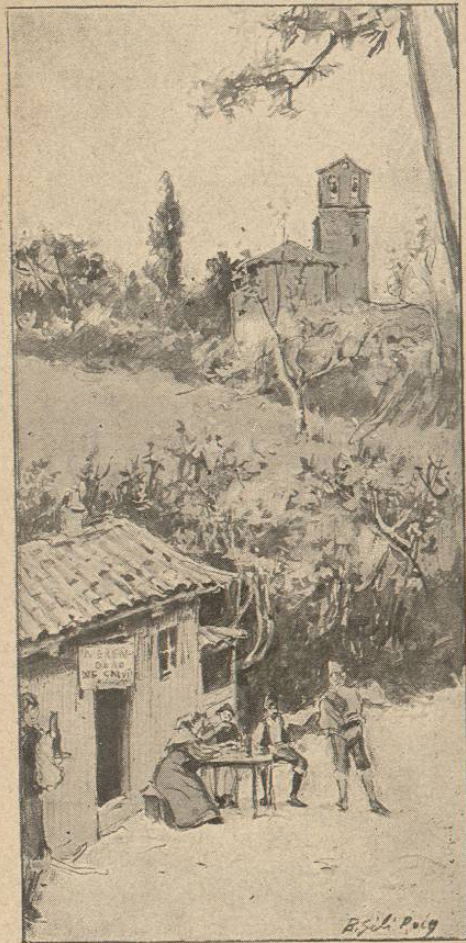
Y con marcado interés,
casi al lado de la ermita
se hizo el hombre una casita
en poco menos de un mes.

Mandó en seguida pintar
sobre la puerta, un letrero
que decía: «MERENDERO
DEL CRISTO DEL CASTAÑAR».

Y en renglones desiguales
puso debajo: «*Hay bebidas,
y se preparan comidas
á precios convencionales*».

Durante cinco ó seis meses,
aquel sitio retirado
era el paseo obligado
de todos los feligreses.

Y la ermita, antes cerrada,
todos los días se abría,
y nunca hubo romería
mejor, ni más animada.



Con devoción aparente
iba la gente á rezar,
y en seguida á merendar
y á beber alegremente.

Hacía una fortunita
el astuto tabernero,
y rebosaba en dinero
el cepillo de la ermita...

—
El párroco bonachón
se decía para sí:
—«Esto se me debe á mí.
¡Efectos de mi sermón!»

Llegó en esto á averiguar
que en merendonas y cenas
ocurrían allí escenas
impropias de aquel lugar;
y el buen cura acongojado
al punto al alcalde vió,
y quejoso le contó
lo que había averiguado.

El alcalde, hombre severo,
no oyó las quejas en balde,
y por orden del alcalde
cerraron el merendero.

Puso aquel cura ejemplar
 á los escándalos coto ;
 mas... lo que era de esperar.
 ¡No ha vuelto á ver ni un devoto
 al *Cristo del Castañar!*



Á la generala Canella

EN UN ABANICO

Generala : cumplo aquí
 tu deseo muy gustoso ;
 pues puedo lograr así
 hablar no sólo de tí,
 sino también de tu esposo

Próximamente hace un mes
 que invitado cortésmente,

con él comí en Leganés.
 ¡Bien dicen que lo cortés
 nada quita á lo valiente!

—
 Y que él es valiente, infiero
 que nadie, ni por asomo,
 lo duda en el mundo entero.
 Ya saben en Cuba *cómo*
las gasta el hojalatero.

—
 ¡Qué hay muchos así? ¡No hay tal!
 La diferencia es patente.
 Que en España no es igual
 decir: general valiente,
 que ¡valiente general!

—
 Alientos le da tu amor;
 pues ¡dónde dicha mayor
 que tener, para su encanto,
 general de tal valor
 esposa que vale tanto?

—
 Siempre Canella ha vencido
 con heroísmo ejemplar.
 Y arrojado y decidido
 cien victorias ha obtenido
 en su vida militar.

Mas donde brilló su estrella
 fué al darle, para su gloria,
 mujer tan amante y bella.
 ¡Que esa es la mejor victoria
 que ha conseguido Canella!





No puedo escribir

Sr. D. Miguel Moya.

¿Tiene usted hijos, verdad?
Pues ya sabrá usted, de fijo,
lo que da que hacer un hijo
los días de Navidad.

Yo tengo, por suerte mía,
cuatro que son mis encantos,
y es tanta su dicha, y tantos
sus transportes de alegría,
que no hay quien les ponga tasa,
y á sus caprichos me avengo.

¡Desde esta mañana tengo
cuatro tambores en casa!

¡Cuatro tambores! ¡Qué horror!
Y á las seis ¡muy tempranito!
ya estaba el más pequeñito
dale que dale al tambor.

No reniego de mi suerte
y lo sufro con paciencia;
pues están en competencia
á ver quien toca más fuerte,

y es inútil regañar
y poner el ceño adusto.
Á ellos les da mucho gusto
y me tengo que callar.

¿Quién puede con estos chicos?
Perdóneme usted, por Dios,
si no le remito los
cónsabidos *villancicos*.

No le diría que no;
con gusto se los mandara...
mas con este ruido ¡para
villancicos estoy yo!

¿Escribir de esta manera?
¡Imposible! Yo lo siento,
pero no tengo un momento
de tranquilidad siquiera.

Empiezo á escribir por fin,

y me aturde á lo mejor
un *redoble* del mayor
ó el *tun tun* del chiquitín.

Voy á reñirles, cruel,
y en vez de esto... los abrazo.
¡No puedo! Soy muy padrazo,
mi querido don Miguel.

Sufro con paciente calma
esta atroz algarabía.
¡Bendiga Dios la alegría
de los hijos de mi alma!

Usted, mi amigo leal,
me otorgará su perdón.
No puedo en esta ocasión
mandar nada á *El Liberal*.

Ya he dicho lo que me pasa.
Pida usted otros favores.
¡Mientras duren los tambores
no hay quien escriba en mi casa.

